

Celina Brittez

EL PORTAL INFINITO



Fundación Augusto Roa Bastos



El portal infinito

Celina Brittez

He demorado 360 días y nueve horas en poner en palabras mi travesía con *los libros perdidos* de Augusto Roa Bastos¹. El descubrimiento de tal tesoro me mantiene cautiva en un torbellino de casualidades que, aún hoy, continúan revolucionando mi corazón.

Para leer este relato es importante saber que cada detalle que se narra forma parte de una historia verídica. Mi encuentro con "*la biblioteca*" ocurrió como por arte de magia, sacudiendo el rompecabezas de mi vida y moviendo muchas piezas de lugar. En el camino, la realidad y la ficción se fusionaron en un portal del que, sospecho, no podré salir jamás

El autor más prestigioso del Paraguay apareció en mi casa una tarde fría de 2018, con casi 300 libros leídos, subrayados y analizados

¹ Augusto José Antonio Roa Bastos (1917- 2005) fue un escritor, periodista y guionista paraguayo. Está considerado como el autor más importante de Paraguay y uno de los más destacados en la literatura latinoamericana. Ganó el Premio Cervantes en 1989 y sus obras han sido traducidas a, por lo menos, veinticinco idiomas

por él que estaban perdidos desde hacía más de cuarenta años. Todo lo que ocurrió después fue fluyendo como en un cuento, hasta llegar a este escrito, que no espera más que decir muchas cosas que todavía me cuesta creer, pero que efectivamente viví. Y es que a veces las casualidades nos llevan exactamente al punto en el que queremos estar, aunque lo hayamos buscado cien veces en otros sitios, aunque estemos demasiado distraídos o incluso, hayamos abandonado su búsqueda.

Augusto Roa Bastos vivió en la Argentina por casi treinta años. Llegó en 1946 escapando de una dictadura y debió marcharse más adelante, a causa de otra. Sin embargo, la persecución política e ideológica jamás logró silenciarlo. Durante el exilio su escritura atravesada por el rechazo a la injusticia y el dolor del desarraigo, se volvió más ágil. Escribió con un amor a su patria y a los suyos, que pronto lo convertiría en "El supremo escritor"² y mientras todo aquello ocurría, su biblioteca personal, testigo del fervoroso deseo de resistencia, aguardaba la llegada de un destino esperanzador: a través de esta, Augusto viajaría en el tiempo.

Los libros debieron quedarse en la Argentina después del último exilio y esa quizá sea una primera pieza de este rompecabezas. Sus hijos, al emigrar a su vez, los ordenaron aguardando un regreso que nunca ocurrió. En el proceso de guardado registraron tapas, notas y objetos que funcionaron como indicadores para su reconocimiento muchos años después. Posteriormente, el departamento debió vaciarse y *los libros* acabaron en un depósito en la Ciudad de Buenos Aires.

² El autor suele ser apodado así en honor a su máxima obra, *Yo el Supremo*.

Entonces se perdió el rastro de aquel tesoro, que por algún motivo llegó a mis manos en 2019. Pero para contar esta parte del relato, resulta necesario aclarar muchas cosas. Porque creo que el hecho de que yo estuviera tranquila en mi casa, mirando por la ventana un universo que, en ese instante me parecía finito, y que de pronto el mismísimo Roa Bastos apareciera en mi puerta con un tesoro repleto de polvillo, merece una introducción dedicada.

Nací en 1993, diecisiete años después del día en que Augusto tuvo que abandonar la Argentina y sus libros. Durante pocos años viví a dos horas de su antiguo departamento. A los ocho años me mudé con mis padres y hermanos a Comandante Nicanor Otamendi, un pueblito rural de la provincia de Buenos Aires donde siempre residió mi familia paterna, en el campo y cerca de la playa.

La biblioteca perdida de Roa Bastos apareció a media hora de mi casa, a quinientos kilómetros del departamento en la Ciudad de Buenos Aires. Las cajas estaban distribuidas en un contenedor de basura lindero a una ruta que conecta con la costa atlántica.

Desde que tengo memoria, la lectura y la escritura son una especie de escudo protector al que me aferro con fuerza. Suelo sentirme afortunada de ser una persona capaz de encontrar portales en *los libros* y ya de pequeña me maravillaba la posibilidad de vivir entre dos mundos: el real y el imaginario. Siempre me resultó divertido buscar magia en las causalidades, volver infinito lo limitado.

Durante mi juventud abordé la odisea de fusionar aquella literatura que consumía con un universo nuevo que se abría a mis pies: debía redescubrirme. Fue entonces cuando empecé a fantasear con la idea

de transformarme en la protagonista de un portal, en la superpoderosa heroína de mis propios relatos. Sin embargo, a pesar de haber escrito una tonelada de borradores, no lo logré. Y la frustración de no encontrarme a mí misma en ninguno de los dos universos (el imaginario y el real) resultó en que no volviera a escribir un párrafo en muchísimo tiempo.

Tengo que mencionar todo esto porque ocho años después, el día en que volví a tomar un lápiz, mi garaje escondía un tesoro. *Los libros perdidos* llegaron a mis manos cuando me había olvidado de mí misma. Y es que la literatura es así, siempre llega para llenar algún hueco, para regalarnos algo que nos está faltando, aunque no lo sepamos. En esta línea, cuando la misma vida se transforma en un cuento, el espíritu lector se enciende como una antorcha en el alma y ya no hay manera de apagarlo.

Entonces tenía 25 años los dos universos se fusionaron de un modo absolutamente inesperado. Entonces no lo sabía, pero la casualidad había empezado a tejer, por fin, la historia que había buscado durante tanto tiempo:

Mi compañero viajaba por una ruta que siempre le había parecido aburrida, cuando encontró las cajas. *Los libros* húmedos, sucios, con hongos, se ofrecieron como parte de un relato de piratas. No los abrió entonces. Creyó que eran miles. Yo también lo creí. Cuando llegaron, ocupaban la camioneta entera, el corazón se me escapó del cuerpo.

Desde el principio me resultó enigmática la pieza del rompecabezas que me cruzó con tal aventura. Estábamos en pareja desde hacía tres años y a veces leíamos juntos a la hora del mate. Fue una ca-

sualidad que él y no otro pasara por ese camino. Miró para ese lado y vio la pata de un mueble que parecía de roble. Como había salido temprano, tuvo tiempo de frenar a ver si encontraba algún mueble viejo para el monoambiente que estábamos remodelando. En cambio se topó con una tonelada de libros que rescató para mí: "¿Los querés? Te los llevo".

Los descargamos en casa de mis padres por una cuestión de espacio. Mientras acomodábamos las cajas repletas de polvo en un rincón accesible del garaje, planeando revisarlas al sol durante el día siguiente, conversamos sobre el hallazgo. Me invadía una extraordinaria emoción por haber encontrado tantos libros nuevos y empecé a planear dónde ubicarlos: debería colgar bibliotecas en la pared y quizá sacar algún mueble. Y leerlos a todos...

A lo mejor de a dos, para calmar la ansiedad. Posiblemente, me tomaría el resto del año. Soñaba despierta mientras contemplaba mi tesoro, mi espíritu lector se enloquecía a preguntas ¿Qué libros habría? ¿Quién los había leído antes? ¿Por qué los abandonaron?

Siempre sentí que *los libros* usados son más especiales que el resto, porque portan infinitas historias: las que escriben sus autores (y las que hay detrás), las que el lector interpreta en diferentes momentos, las de cómo terminan en una venta de usados. Así, si el libro en sí mismo es un portal, un libro usado carga miles de escondites y pasadizos absolutamente irresistibles.

Pensé en la cantidad de lugares que podría visitar con mi nuevo descubrimiento solo permaneciendo un tiempo en la primera estación: el enigma. Necesitaba imaginar un poco más antes de caer nue-

vamente en la realidad. Soñar despierta, jugar a adivinar el contenido de cada obra. Así fue que las cajas fueron reubicadas al fondo del garaje tal como habían llegado. Y *la biblioteca perdida* aguardó inmóvil. Aún no había llegado el momento de descubrirla.

Pasaron meses hasta que acepté iniciar la tarea. Digo "acepté" porque la incertidumbre inquietaba a mi familia, que aguardaba respetuosa mi proceso, pero insistía en hablar del contenido secreto de las cajas. Fue un domingo de lluvia después de comer un asado. Preparamos el terreno y los corrimos al centro del garaje. Acordamos sacarlos de a uno porque nadie quería perderse nada. Además, abrimos una planilla Excel para catalogarlos. Dividimos roles: sacar, dictar, registrar, guardar. Entonces no lo sabíamos, pero el aire se iba cargando de magia. Qué libro veríamos primero, cuál sería el siguiente, qué tan lejos llegaríamos hasta encontrar el tesoro. Todo parecería orquestado.

Algunos estaban destrozados y fue imposible unir las páginas o encontrar las tapas. También había revistas más recientes, del 2000 en adelante; unas pinturas de un catálogo digital impresas en papel fotográfico. Recuerdo haber sacado un manual de portugués para niños pequeños con actividades realizadas en lápiz por una tal "Emma", una compilación de poesía, un ticket de compra de una librería céntrica. Y de pronto, entre todo aquello, como una pista plantada por quien desea revelar algo, un recorte de diario: era una noticia digna de un cuento, sobre una mujer que había vivido toda la vida con su gemela en el cuerpo. La leí en voz alta y nos revolucionó un poco. Analizamos entre risas la posibilidad de vivenciar experiencias que

bien podrían ser parte de una historia de ficción (en ese entonces lo sentimos ajeno). Continuamos. Un libro de Becker, un papelito suelto con una letra F, otro recorte; esta vez era un pequeño relato sobre un poeta paraguayo.

–Cuántos recortes ¿no? nos miramos intrigados.

–Esta biblioteca debe haber sido de un lector empedernido... Miren este, se corresponde con el cuento. Guardaban notas periodísticas sobre temáticas afines adentro de sus libros...

Lanzábamos conjeturas extasiados. Ante cada descubrimiento pensábamos que aparecería algo más grande. Como si fuera poco, las obras eran excepcionales: poesía, novela, cuentos, teatro, lingüística. Yo sentía que había encontrado *los libros* para el resto de mi vida. En simultáneo, seguían brotando objetos llamativos: una foto, unas hojas escritas con tinta azul y caligrafía envidiable, una carta mecanografiada sin firmar.

–¡Uy, qué librazo! este lo leí de chica.

–Miren este, está en otro idioma... ¿Será guaraní?

–¡Es guaraní! ¡Si estuviera el abuelo podría traducirlo!

–¿Y este? tiene una dedicatoria: a Augusto Roa Bastos... ¿Roa Bastos? me suena.

Mamá me miró absorta. Siempre fue una buena lectora. Además, durante nuestra niñez nos contaba de memoria (no encontraba el libro) su cuento preferido de la infancia: *Pollito de fuego*. Años más tarde, al volcar sobre la mesa los ejemplares de colección que recibí como agradecimiento por la devolución de *los libros* al ver un ejem-

plar de *Pollito de Fuego* mamá suspiró ante “su cuento” “nuestro cuento”. Entonces me convencí de que este rompecabezas comenzó a armarse mucho antes de encontrar *los libros*.

Pero aún no lo sabía cuando encontré aquel primer libro con la dedicatoria que nos enfrentó a la realidad-ficción de tener en nuestras manos algo máspreciado de lo esperado: era un ejemplar de *Los exiliados*, novela del escritor paraguayo Gabriel Casaccia. En ese momento caímos en un túnel, y fue *la biblioteca* antes dormida la que extendió para nosotros el puente que nos llevaría al portal.

Se desató el nudo que protegía el tesoro.

A medida que abríamos las cajas, la emoción se multiplicaba: fotos de Roa sonriendo junto a una mesa llena de ejemplares de *Yo el supremo*³, Augusto y amigos parados frente a una casa y flores, una pareja sentada al sol en la playa; cartas de escritores de renombre pidiéndole correcciones de sus obras, respuestas de Roa quizá nunca enviadas. El cuento de *los libros* perdidos comenzaba entonces; y con el tiempo detenido en ese instante, bien podría decir así:

“Eran las 15.43. El piso estaba lleno de libros húmedos y la familia sonreía. Se oía la lluvia y el golpeteo de sus corazones extasiados.

Detrás del caos de cajas, en un rincón, muy quieto pero también sonriente, los miraba aliviado Augusto Roa Bastos”.

En medio de aquella escena convulsionada en la que todos queríamos descubrir algo novedoso, procesaba dificultosamente la situación. Me detuve en fragmentos, notas al margen, facturas de compra.

³ Novela de Roa Bastos publicada en 1974

No lograba asumir plenamente que todo aquello me perteneciera, aunque lo tuviera allí, abandonado y sucio. Mi cabeza daba vueltas. Aún pesaba con fuerza mi frustración literaria; y el encuentro repentino con la posibilidad de unir realidad y ficción me mantenía inquieta. Necesitaba encontrar una explicación razonable para el suceso, y por eso buscaba “algo”: una carta secreta, un cassette con mensaje oculto. Necesitaba una prueba que me garantizara que había un motivo para descubrir una biblioteca abandonada cuyo dueño había sido un amante absoluto de las letras reconocido a nivel mundial.

Cuando empezaba a sentirme desesperada, uno de *los libros* perdió un papelito que cayó sobre mi falda. Entonces sentí el calor de quién busca objetivar lo infinito, y se encuentra con una señal mística que lo tumba de un golpe. Escrito a mano con tinta negra decía: “*Yo sueño cuando no duermo. Cuando duermo no sueño*”. El libro tenía la firma de Augusto Roa Bastos. La caligrafía era idéntica. Esa frase la había escrito él. Por primera vez (luego volvería a sentir esto muchas veces) Roa me hablaba. Me acurruqué para leerla de nuevo; el momento debía ser poético, coherente con la ocasión. Me interpeló el contenido.

¿Quién no sueña cuando no duerme, sino alguien que cree en portales donde la realidad, a veces, es mejor, más humana y empática? ¿Para qué soñar dormido, si en tiempos duros resulta mejor soñar despierto? No sé si interpreté bien la frase, pero significó un abrazo grandioso en medio de aquella crisis de emociones. *La biblioteca perdida* estaba allí, delante de mis ojos. Y gritaba que la casualidad seguiría construyendo puentes para creer en la magia.

Con mi familia hicimos un acuerdo tácito respecto a no decir nada sobre el hallazgo. No sabíamos qué hacer, pero teníamos claro que, de algún modo, se nos había asignado la tarea de protegerlo. ¿A quién llamar, en quien confiar? ¿Hasta dónde contar? Fuera de las paredes de la casa, nadie mencionaba *los libros*, pero adentro, no se hablaba de otra cosa. Las hipótesis nos desbordaban: le habían robado sus libros; se había escondido de los militares en un campo de la zona; tuvo que huir y no pudo llevarlos... Desde entonces, todas las cenas familiares eran con Augusto. Siempre surgía algo nuevo para contar. Debatíamos durante horas en la sobremesa... Y mientras tanto, leíamos.

Personalmente sentí pudor ante la idea de empezar por una obra de Roa. Además, considerando que *Los exiliados*, de Casaccia, había sido el primer libro que él eligió para introducirme en el portal, me pareció justo partir de allí. Entonces ya estaba segura de que no encontraría señales lógicas en *la biblioteca* perdida, y preferí dejarme llevar por las casualidades. Luego supe que la elección fue correcta. El libro es una obra maestra sobre el dolor del desarraigo y me ayudó a empatizar con el sentimiento tan triste de quienes deben vivir lejos de casa. Años más tarde, el contenido de esta obra me daría el empujón necesario para soltar mi tesoro y enviarlo de nuevo a Paraguay. No sé cuál leí después, pero sí que me juré leer todos *los libros* antes de liberarlos.

Para principios de 2020, durante el aislamiento social preventivo y obligatorio por el avance de la pandemia del Covid-19, yo tenía todos *los libros* de Roa Bastos en mi biblioteca, ordenados por tema y cada cual con su marca y subrayado exactamente en el lugar donde los dejó el autor. En ese contexto, también fui mamá, y el embarazo

en crisis sanitaria me obligó a permanecer en un encierro muchas veces desesperante. Sumergida en una realidad distinta, sin caos, sin temor, leí sin parar.

Me aferré al contenido de *la biblioteca* con la pasión de quién debe desprenderse de un tesoro y quiere empararse de él. Simultáneamente, conocía un poco más de él: le apasionaba buscar conexiones entre realidad y ficción relevando los diarios, colocando recortes dentro de los cuentos que, hasta de las maneras más descabelladas, vislumbraban conexiones con los relatos; su caligrafía no se alteraba aun en anotaciones breves; mecanografiaba ideas y las escondía en sus libros; era un fuerte defensor de la igualdad; estudiaba francés; usaba camisa y chaleco; a veces leía *los libros* a medias, analizando a un extremo casi indescriptible capítulos puntuales; usaba las hojas de un calendario viejo como marcadores de textos; no desechara las boletas de venta de las librerías y casi nunca compraba un solo libro a la vez; atesoraba diferentes papelitos dentro de *los libros*, todos con un sentido y un mensaje.

La palabra, el autor y el hombre me mantenían cautiva. Pero pronto caí en la cuenta de que me estaba involucrando demasiado en un puente entre realidad y ficción que no me pertenecía .

Si bien dicen que, con el correr del tiempo, uno transforma los hábitos repetitivos en costumbres, mi destino con *los libros perdidos* era distinto. Con el paso de los años, la incomodidad de tener algo ajeno empezó a pesarme con más fuerza. El deseo de devolverlos se volvía urgente: primero llegaron los sueños. Veía a Roa parado en una estación de tren; en una mano portaba una valija vacía y en la

otra el ejemplar de Casaccia. Después, comencé a sentir culpa de leer los papelitos, incluso sus notas. Al final, ya no encontraba consuelo ni en sus propias obras, pensando en la posibilidad de alterar algún elemento del destino, con mis manos.

La biblioteca fue custodiada por mi pasión literaria hasta mediados de 2022. Durante ese tiempo nadie pudo acercarse a las estanterías colgantes, que vigilé furiosa e incansablemente hasta el último día. Durante ese tiempo crecí, me reinventé, me sumergí en un mundo mágico que cambiaría mi percepción de la realidad.

Tardé tres años y siete meses en escribir a la embajada paraguaya. Un poco porque quería continuar sumergida en las letras y otro porque me daba miedo perder el portal que me había cuidado tanto. Con *la biblioteca* me encontré a mí misma, me enamoré de Roa, fui protagonista (por fin) de mi propia historia y volví a creer en muchas cosas. Tal vez demoré tanto porque me costó asumir que, con esta causa, aun lejos de *los libros*, mi vida había cambiado para siempre.

Un día de invierno me contactaron para coordinar la entrega. En el quinto traslado desde que habían llegado a mis manos, *los libros* se preparaban para viajar al Paraguay, donde serían entregados a la Fundación Augusto Roa Bastos que dirige su hija Mirta Roa. Organizamos una merienda en casa de mis padres. Estábamos inquietos: felices por devolverla, tristes por despedirla. Habíamos preparado cajas idénticas por separado. En una especial, sus cartas y fotos personales, en las demás las obras con sus respectivas marcas. Faltaban minutos para recibir a los enviados de la embajada paraguaya y yo me sentía al borde del colapso. Tenía miedo de que algo saliera mal, de haber

dejado un libro mezclado entre los míos, confundido alguna marca de lugar o haber olvidado esconder en la caja privada elementos fundamentales. Revisaba una y otra vez: catálogo, marcadores, ubicación. Mamá cerraba con cinta las que ya estaban listas.

A punto de sellar la última caja, vi un libro caído debajo de la silla. No tuve que hacer un esfuerzo para distinguirlo. Tampoco esperé algo diferente. Tratándose de *los libros perdidos*, el broche final debía ser especial. *Los exiliados*, de Casaccia, yacía boca abajo: el primer libro, el que me movilizó tanto, el de los sueños vividos que me enfrentaron a la realidad del desarraigo de *la biblioteca* de Roa y su deseo de volver a casa. Como despidiéndose, Roa me recordaba por qué había llegado hasta allí: el puente entre lo real y lo imaginario se mecía exactamente frente a mis ojos, una vez más.

Después de aquel día, todo avanzó muy deprisa. *La biblioteca* viajó a manos de la familia del autor, compartí los cuentos escritos por su hija Mira con mi pequeña bebé, algunos curiosos se acercaron a mí para conocer la historia, lloré de emoción muchas veces, mirando fotos de mis libros en vitrinas de museo. Entonces podía pensar que ya había sido suficiente. Sin embargo, aún quedaban piezas por mover.

Conté la historia verbalmente muchas veces. Dónde estaba el tesoro, cómo cambio mi vida, cuando llego el momento de devolverlo a casa, qué sentí. Me esforcé por no restarle importancia a los detalles, por transmitir un poco de mi sorpresa, por maravillarse a quienes me escuchaban como me habían maravillado a mí. Sin embargo, en casi todas las entrevistas surgió una misma pregunta: ¿por qué no pedimos nada a cambio?

Monetizar un portal entre la realidad y la magia. Robar el tesoro

de un pueblo. Aprovecharse de quien perdió sus puentes. Vender la magia. La pregunta recurrente me enfrentó a una realidad difícil de asumir. Estamos perdiendo la capacidad de sentir.

Entonces pensé en el destino, en ese Roa que nunca pudieron callar y que siempre tuvo la palabra justa para cada oportunidad: cuarenta años más tarde, en medio de una modernidad a veces un poco egoísta, *Los libros* trajeron, al menos para mí, algo en qué creer. Estuve segura, en aquel momento, de que aún me quedaba una tarea restante: tenía que contar la historia.

He demorado 360 días y nueve horas en poner en palabras mi travesía con *los libros perdidos* de Augusto Roa Bastos. El descubrimiento de ese tesoro me mantiene cautiva en un laberinto de casualidades que, aún hoy, continúan revolucionando mi corazón. El proceso de empezar y abandonar borradores fue frustrante durante mucho tiempo. No lograba escribir una sola oración sin sentir que le restaba magia. No encontraba el modo de contar sin matizar detalles. Insólitamente, esta vez no podía volver ficción algo tan real.

Estaba dándome por vencida cuando una tarde, buscando algo en mi biblioteca, cayó al suelo un papelito. Quizá una parte de mí estaba esperándolo hacía tiempo, porque antes de agacharme a levantarlo, sentí que, otra vez, Roa sonreía mirándome desde algún rincón. La letra, la tinta, el color de la hoja, era evidente que se trataba de una de las piezas del tesoro. Lo levanté emocionada, y me tomé algunos segundos antes de leerlo en voz alta:

“Yo sueño cuando no duermo, cuando duermo no sueño”.

Por si el universo volviera a parecerme finito, la casualidad escondió esa primera frase de Roa durante todo este tiempo en mi biblio-teca. Como esperando el momento en que iba a necesitar la inspira-ción para contar la historia. Quizá recordando aquello que *los libros* gritaron desde el primer día: que serán los sueños los que vendrán a buscarnos si perdemos el rumbo, que los puentes están por todas partes y solo es cuestión de dejarse llevar, de animarse a ver más allá.

Desde algún lugar Augusto Roa Bastos volvió para decirme que sus letras, espadas y escudos de la libertad, nos cuidarán eternamente en un portal infinito entre lo real y lo imaginario, al que todos estamos invitados.

Celina Brittez

Julio de 2023

La autora



Celina Brittez nació en La Plata, Argentina en 1993.

Es Licenciada y Profesora Universitaria en Sociología, graduada de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Ha publicado artículos académicos vinculados a ambiente y territorio en congresos y jornadas, así como en revistas de investigación.

Durante el 2019, junto con su pareja encontraron un lote de libros pertenecientes a Augusto Roa Bastos, en un contenedor de basura.

Este evento cambiaría su destino para siempre, acercándola a un lugar en el que siempre fue feliz: la literatura.

*“Yo sueño cuando no duermo,
cuando duermo no sueño”.*

Por si el universo volviera a parecerme finito, la casualidad escondió esa primera frase de Roa durante todo este tiempo en mi biblioteca. Como esperando el momento en que iba a necesitar la inspiración para contar la historia. Quizá recordando aquello que *los libros* gritaron desde el primer día: que serán los sueños los que vendrán a buscarnos si perdemos el rumbo, que los puentes están por todas partes y solo es cuestión de dejarse llevar, de animarse a ver más allá.

Desde algún lugar, Augusto Roa Bastos volvió para decirme que sus letras, espadas y escudos de la libertad, nos cuidarán eternamente en un portal infinito entre lo real y lo imaginario, al que todos estamos invitados.

C. B.



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN